

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

-Cien días para el Misterio Pascual (III), 3 de abril.....	73
-Cien días para el Misterio Pascual (IV), 10 de abril.....	74
-Hemos llegado al puerto, 17 de abril.....	76
-Cristo ha resucitado verdaderamente, 24 de abril.....	78

II. Homilias

-El Domingo de Ramos, en la S. I. Catedral Primada.....	79
-Santa Misa Crismal, en la S. I. Catedral Primada.....	82
-Santa Misa de la Cena del Señor, en la S. I. Catedral Primada.....	86
-Celebración de la Pasión del Señor, en la S. I. Catedral Primada.....	89
-Solemne Vigilia de Pascua, en la S. I. Catedral Primada.....	91
-Domingo de Resurrección, en la S. I. Catedral Primada.....	94

Secretaría General

Decretos:

-Aprobación de Estatutos	
-Cofradía Cristo Rey de los Mártires, de Ocaña.....	99
-Hermandad de Ntra. Señora del Rosario, de Numancia de la Sagra...	100
-Cofradía de San Juan Evangelista, de Ocaña.....	101

<i>Nombramientos.....</i>	102
---------------------------	-----

Año CLXV - Núm. 4

Abril 2011

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS DOMINICALES

CIEN DÍAS PARA EL MISTERIO PASCUAL (III)

Escrito dominical, 3 de abril

Continuamos la lectura de los textos de los domingos en esta Cuaresma que nos guían a un encuentro especialmente intenso con el Señor. Recorreremos de este modo las etapas del camino de la Iniciación Cristiana, tanto los catecúmenos que serán bautizados en la Vigilia Pascual como los que ya estamos bautizados, con vistas a nuevos y decisivos pasos en el seguimiento de Cristo y en la entrega más plena a Él y a su Evangelio, que nos dará posibilidades cada vez mayores para amar y servir a los demás. Seguimos de nuevo la valiosa ayuda del Mensaje de Cuaresma 2011 de Benedicto XVI.

El milagro del ciego de nacimiento, cuyo relato leemos en el domingo cuarto de Cuaresma, presenta a Cristo como luz del mundo. El Evangelio nos interpela a cada uno de nosotros: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?» «Creo, Señor» (Jn 9,35.38), afirma con alegría el ciego de nacimiento, dando voz a todo creyente. «El milagro de la curación –dice el Papa– es el signo de que Cristo, junto con la vista, quiere abrir nuestra mirada interior, para que nuestra fe sea cada vez más profunda y podamos reconocer en él a nuestro único Salvador. Él ilumina todas las oscuridades de la vida y lleva al hombre a vivir como hijo de la luz».

Impresiona este relato tan bien trabado del evangelio de san Juan 9,1-41. En él alguien que es ciego físicamente recobra la vista, pero también algo más importante: llega a la luz de la fe. Todo hombre nace ciego, en tinieblas, mientras la fe cristiana se concibe como una fe que ilumina,

como una luz que nos permite alcanzar a Cristo, pues el encuentro con Él da claridad, belleza, alegría, perspicacia y osadía, como a este ciego de Jn 11. Todo católico responsable debe iluminar hoy a un mundo carente tantas veces de luz. Siguiendo un pensamiento de san Gregorio Magno, este relato nos indica que, aunque ignoramos quién fue el ciego, sin embargo sabemos bien a quién representa: al género humano, que tanto nos cuesta reconocer la claridad de la luz eterna, como a los primeros padres, y sufrimos las tinieblas del dolor, la incertidumbre, los miedos y las indecisiones para hacer el bien.

Pero el evangelio del domingo IV nos indica que todo ser humano es iluminado por la presencia de Jesucristo Redentor, para que veamos con el deseo de la dicha de la luz interior y caminemos con las buenas obras por el sendero de la vida. El ciego quedó curado totalmente; nosotros debemos pedir al Señor más la luz que no termina que la que se acaba, aquella que varía por las noches, que compartimos con los animales y no la que tenemos en común con los ángeles. Tenemos que pedir, por ello, al Señor la luz que no tiene principio y carece de fin. El camino para conseguir esta visión es la fe. Fe que se obtiene hoy por la Palabra de Dios que Jesús depositó en la Iglesia en su Magisterio, para que no fuera contaminada a través de los tiempos.

«Cristo ha dejado en la tierra a los suyos, para que iluminen a los hombres; sean maestros y sirvan de auténtico fermento de los demás hombres que no tienen fe (...) Si la vida de los cristianos en general fuera de este modo, no habría necesidad de predicar la doctrina del Señor (...) No existirían tantos ateos hoy en el mundo, si los cristianos lo fuéramos de una pieza; si observásemos los mandamientos de Cristo» (san Juan Crisóstomo, PG 62, 551-562). Nuestro Maestro pasó haciendo el bien a los hombres. Idéntica misión, no otra, es la que ha de tener la Iglesia en todo el mundo y en todas las épocas hasta la consumación de los siglos. Ha de alimentar a los hambrientos y curar las enfermedades; ha de tratar de comunicar mediante la palabra de Dios la vida que no acaba, la luz inextinguible. No es fácil esta misión, pues se trata de propagar la fe entre hombres y mujeres, máximo don a los ojos de Dios. Necesitamos la luz de Cristo, que ilumine nuestro camino.

CIEN DÍAS PARA EL MISTERIO PASCUAL (IV) La medicina para la vida inmortal

Escrito dominical, 10 de abril

Cuando, en el quinto domingo de Cuaresma, se proclama la resurrección de Lázaro, nos encontramos frente al misterio último de nuestra existencia: «Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?», dice el evangelio de hoy. La comunión con Cristo en esta vida nos prepara a cruzar la frontera de la muerte, para vivir sin fin en Él. Vemos, pues, que estamos ante un tema importante y fundamental: ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Cómo vivir? ¿Cómo morir? Somos, evidentemente, una realidad biológica, pero trascendemos esta realidad: formamos parte de lo que san Juan llama *zoé*: «Yo soy la resurrección y la vida (*zoé*)»; una vida que es algo más que la otra palabra griega que significa también literalmente vida: *bíos*. Es un nuevo nivel de la vida, en el que el ser se abre al conocimiento.

Ciertamente, el hombre es siempre hombre con toda su dignidad, incluso en el estado de coma o en fase de embrión, pero si sólo vive biológicamente no se realizan ni se desarrollan todas las potencialidades de su ser. El ser humano está llamado a abrirse a nuevas dimensiones. Es un ser que conoce. Desde luego, también los animales conocen, pero únicamente las cosas que les interesan para su vida biológica. El conocimiento del hombre va más allá; quiere conocerlo todo, toda la realidad; quiere saber qué es su ser y qué es el mundo. Tiene sed de conocimiento del infinito.

Por todo ello, hay que afirmar que el hombre no es sólo un ser que conoce; también vive en relación de amistad, de amor. Y aquí el hombre se acerca más a la fuente de la vida, de la que quiere beber para tener vida en abundancia, para tener la vida misma. En definitiva, podemos entender que la medicina es un esfuerzo por oponerse a la muerte, es búsqueda de la inmortalidad. Pero, ¿podemos encontrar una medicina que nos asegure la inmortalidad? Esta es la cuestión del evangelio del domingo quinto. Tratemos de imaginar que una medicina llegue a encontrar la receta contra la muerte. Incluso en este caso, se trataría de una medicina que se situaría en la esfera de lo biológico, útil, sí, para nuestra vida espiritual y humana, pero confinada en la esfera de lo biológico, de la *bíos*.

Es fácil imaginar lo que sucedería si la vida biológica del hombre no tuviera fin: nos encontraríamos en un mundo envejecido, en un mundo

llo de viejos, que no dejaría espacio a los jóvenes, un mundo en el que no se renovarían la vida. ¿Es éste el tipo de inmortalidad al que aspiramos? Pienso que ésta no es la posibilidad de beber en la fuente de la vida, que todos deseamos. Precisamente en este punto es donde interviene el Señor y nos habla en el Evangelio diciendo: «Yo soy la Resurrección y la vida. El que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás» (Jn 11,25-26). Al encontrar a Cristo, entramos en contacto, más aún, en comunión con la vida misma y ya hemos cruzado el umbral de la muerte, porque estamos en contacto, más allá de la vida biológica, con la vida verdadera.

Es Jesús el que dice también: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Vida en abundancia no es, como algunos piensan, consumir todo, tener todo, poder hacer todo lo que se quiera. En ese caso viviríamos para las cosas muertas, viviríamos para la muerte. Vida en abundancia es estar en comunión con la verdadera vida. Y bueno es recordar que los Padres de la Iglesia llamaron a la Eucaristía medicina de la inmortalidad. Y lo es, porque en la Eucaristía entramos en contacto, más aún, en comunión con el cuerpo resucitado de Cristo, entramos en el espacio de la vida ya resucitada (*zoé*), de la vida eterna.

Volvemos al Mensaje del Papa para la Cuaresma 2011. El recorrido cuaresmal que hemos hecho para preparar la Pascua encuentra su cumplimiento en el Triduo Pascual, en particular en la Gran Vigilia de la Noche Santa: al renovar las promesas bautismales, reafirmamos que Cristo es el Señor de nuestra vida, la vida que Dios nos comunicó cuando renacimos «del agua y del Espíritu Santo», y confirmamos de nuevo nuestro firme compromiso de corresponder a la acción de la Gracia para ser sus discípulos.

HEMOS LLEGADO AL PUERTO

Escrito dominical, 17 de abril

Nos acercamos a la Pascua, es decir, al don total de Cristo por nosotros. Los hombres y mujeres ricos de Dios –los santos– han gozado, han exultado al presentir ese don ya cercano a sus vidas. Tal era la intensidad con que vivían esta preparación a la Pascua. Pudiera ser que en nosotros fuera más habitual el pesimismo, la indiferencia o la rutina, en lugar de creer en la «primavera del Espíritu» que es nuestra renovación pascual. Cristo se nos ha revelado como nuestra fiesta y solemnidad, según aquellas palabras del Apóstol: Nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado,

puesto que su persona era la Pascua esperada. Confesar nuestros pecados, orar con mayor intensidad, celebrar el Triduo Santo, encontrarse consigo mismo en estos días es sin duda señal de que nos sentimos cristianos y no meros consumidores de espectáculos, aunque puedan considerarse religiosos.

La Semana Santa, que comienza el Domingo de Ramos, es la Semana de la «nueva creación». Y tiene una peculiaridad enteramente singular: comienza con el «primer día», pero su séptimo día, el del descanso, el sábado, se concluirá con un estallido de Luz tan resplandeciente –la Resurrección de Jesús– que ya, desde esa «Noche clara como el día», el día del verdadero descanso, el Día del Señor va a ser el que sigue al sábado en aquellos primeros cristianos tan acostumbrados a la fiesta del Sabbat judío.

Hoy todo pueblo o ciudad en la que viven discípulos de Jesús se convierten en Jerusalén. Hoy, Jesús hace su entrada en la Jerusalén que es la Iglesia: hacia esa ciudad se veía a Jesús dirigiéndose, si leemos el evangelio de san Lucas a partir del capítulo 9,51. Él es el que viene en nombre del Señor. Nosotros hemos arribado también a ese puerto. En la Jerusalén de la historia de la Salvación se comienza hoy a vivir en el misterio del culto la culminación de la salvación cumplida en Jesucristo. Y se inicia con un deseo confesado desde el inicio de la celebración, en la bendición de los ramos: «A cuantos vamos a acompañar a Cristo aclamándolo con cantos, concédenos, por él, entrar en la Jerusalén del cielo». De modo que resulta claro que queremos adentrarnos plenamente en el Misterio en que nos introduce Jesús: queremos con sinceridad participar en su pasión y en su resurrección.

Nos lo dice de modo admirablemente comprometedor san Andrés de Creta, obispo a caballo entre el siglo VII y VIII: «Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, a su paso, ramos de olivo, vestiduras o palmas, sino para prosternarnos nosotros mismos, con la disposición más humillada de que seamos capaces y con el más limpio propósito, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser totalmente captado por nosotros» (Sermón 9 sobre el Domingo de Ramos).

La aclamación de este día es «¡Hosanna al Hijo de David!», y otras semejantes: «Hosanna a ti, vencedor de la muerte y del mal»; «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (segunda lectura), o «¡Gloria, honor a Ti, Señor Jesús!» En ellas hay un tono y sentido pascual. Lo cual no deja de ser una paradoja, puesto que en Domingo de Ramos la fuerza de la Palabra de Dios se condensa en la lectura del relato de la Pasión de nuestro

Señor. Sin embargo, es ahí, en esos dos aspectos, donde se concentra el contenido de este Domingo que da comienzo a la Semana Santa.

CRISTO HA RESUCITADO VERDADERAMENTE

Escrito dominical, 24 de abril

Los cristianos somos así. Nos empeñamos en afirmar que Jesús, que ha muerto, no es un difunto: ha resucitado, está vivo. No ha vuelto sólo a la vida que tenía antes, sino que lo que recibió de nosotros de la Virgen María, su humanidad, se ha transformado y ya no muere más. Así llevamos veinte siglos. ¿Nos creen muchos? Muchísimos, aunque no sepan explicarlo de modo técnico o con argumentos lógicos. Lo ha hecho estupendamente el Papa Benedicto XVI en la segunda parte de Jesús de Nazaret (p. 281-321). Me permito invitarles a leer esas páginas.

¿Qué decir acerca de la Resurrección en el poco espacio de este escrito? Telegráficamente: que Jesús, al resucitar, no es alguien que haya regresado a la vida biológica normal y que después, según las leyes de la biología, deba morir nuevamente cualquier otro día. Jesús no es un fantasma, un «espíritu», no es uno que pertenezca al mundo de los muertos, aunque éstos puedan de algún modo manifestarse en el mundo de la vida. Los encuentros con el Resucitado son algo muy diferente de las experiencias místicas; es un encuentro con una Persona que se acerca a mí desde fuera, como afirma san Pablo cuando Cristo resucitado se encuentra con Él camino de Damasco. La Resurrección de Cristo es un acontecimiento dentro de la historia que, sin embargo, quebranta el ámbito de la historia y va más allá de ella.

Es la Pascua: «Este es el Día que hizo el Señor, aleluya; ¡alegrémonos y gocémonos en él!» Son verdaderos gritos de alegría los que en la Resurrección de Cristo elevamos los cristianos. Feliz Pascua para todos los lectores de «PADRE NUESTRO». Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya. Tanto los bautizados en la Vigilia Pascual como los que renovaremos nuestra Iniciación Cristiana hemos de sentir la alegría de los niños y de los que gozan de momentos de felicidad inenarrable. Este domingo de Pascua es el día más denso de la Historia.

Entraremos en la cerrada noche del sábado cantando: «Te rogamos, Señor, que este Cirio, consagrado a tu nombre, arda sin apagarse para destruir la oscuridad de esta noche, y como ofrenda agradable, se asocie a las lumbreras del cielo». Y nuestro Cirio, ampliado con las luces de los pequeños cirios que portaremos en las manos, iluminará, en efecto, el

espacio de nuestro de nuestra reunión. Pero la última petición del Pregón Pascual será superada por la realidad que da comienzo a ese Día. El cantor concluirá: «Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo, ese lucero que no conoce ocaso y es Cristo, tu Hijo Resucitado, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos».

El que brilla en esa noche pascual no es sólo el lucero: es el «Sol que nace de lo alto», Jesús resucitado, para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte. Es el hijo de María, el Hijo del Hombre, resucitado desde la muerte por la energía vivificante de su condición de Dios-Hijo. Jesús ya no muere más, vive para siempre. Desde que ha salido del sepulcro, todos los que somos de la misma raza que su madre estamos invitados a dejarnos revestir de la misma Gloria a la que Ella ha sido promovida por su Hijo; algo que sucedió ya en nuestro Bautismo.

Esto es la Redención o la Nueva Creación. Por eso cantamos: «Éste es el Día que hizo el Señor». Dios nos ama. Creamos en el Amor que Dios nos tiene en este Misterio Pascual que de nuevo podemos celebrar durante 50 días. Pidamos al Señor: «Tú que has vencido a la muerte, nuestro enemigo, destruye en nosotros el poder del mal, tu enemigo, para que vivamos siempre para Ti, vencedor inmortal».

II. HOMILÍAS

DOMINGO DE RAMOS

Homilía en la S. I. Catedral Primada Toledo, 17 de abril

Cada año el pasaje evangélico del Domingo de Ramos nos relata la entrada de Jesús en Jerusalén. Junto con sus discípulos y con una multitud creciente de peregrinos, había subido desde la llanura de Galilea hacia la ciudad santa. Como peldaños de esta subida, los evangelistas nos han transmitido tres anuncios de Jesús relativos a su Pasión, aludiendo así, al mismo tiempo, a la subida interior que se estaba realizando en esa peregrinación. Jesús está en camino hacia el templo, hacia el lugar donde Dios, como dice Dt 12,11; 14, 23, había querido «fijar la morada» de su nombre. Es el puerto al que hemos llegado este domingo, que da comienzo a la Semana Santa.

Por el relato sobre Jesús a la edad de doce años sabemos que amaba el templo como casa de su Padre, como su casa paterna. Ahora, va de nuevo

a ese templo, pero su recorrido va más allá; la última meta de su subida es la cruz. Es la subida que la carta a los Hebreos describe como la subida hacia una tienda no fabricada por mano de hombre, hasta la presencia de Dios. Pero la subida hasta la presencia de Dios pasa por la cruz. Es la subida hacia «el amor hasta el extremo» (Cf. Jn 13,1), que es el verdadero monte de Dios, el lugar definitivo del contacto entre Dios y el hombre.

Durante la entrada en Jerusalén, la gente rinde homenaje a Jesús como Hijo de David con las palabras del Salmo 118 de los peregrinos: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!» (Mt 21,9). Después llega al templo. Pero el espacio donde debía realizarse el encuentro entre Dios y los hombres halla a vendedores de palomas y cambistas que ocupan con sus negocios el lugar de oración.

Sabemos, sin embargo, que, siendo necesario vender animales para los sacrificios inmolados en el templo, puesto que en él no se podían usar monedas romanas por contener rostros de los emperadores romanos, había que cambiar éstas por monedas que no tuvieran imágenes idolátricas. Pero eso sólo podía hacerse en el llamado atrio de los Gentiles. En efecto, el Dios de Israel es el único Dios de todos los pueblos. Por ello, aunque los paganos no entraban, por decirlo así, en el interior de la Revelación de Dios, sin embargo en el atrio de la fe (que representaba de algún modo el atrio de los Gentiles) podían éstos asociarse a la oración al único Dios. El Dios de Israel, el Dios de todos los hombres, siempre esperaba y espera también su oración, su búsqueda, su invocación.

Todo esto nos debe hacer pensar a los católicos de hoy: ¿nuestra fe es lo suficientemente pura y abierta como para que, gracias a ella también los *paganos*, las personas que hoy están en búsqueda y tienen sus interrogantes también ellas quizá se conviertan adoradores? ¿Cuidamos nuestro atrio de los Gentiles, de modo que en él se pueda dar un intercambio fecundo entre creyentes y agnósticos y otras personas que buscan sentido a la vida? ¿No estaremos dejando entrar, de diversos modos, a los ídolos también en el mundo de nuestra fe? ¿Estamos dispuestos a dejarnos purificar continuamente por el Señor, permitiéndole arrojar de nosotros y de la Iglesia todo lo que es contrario a Él?

Es verdad que en España son continuas las noticias sobre irrupciones en capillas católicas universitarias, de grupos de jóvenes violentos anticlericales, pero en la hora presente sin duda que los cristianos estamos llamados a volver a partir del atrio de los Gentiles, de la increencia y del olvido de Dios y crear entre todos una estructura permanente para el diálogo entre creyentes y no creyentes. Algo de lo que habló Benedicto XVI en una famosa alocución en París en su viaje a Francia. Ahora se ha hecho realidad, pues el Pontificio Consejo para Cultura ha congregado en

París, delante de la Catedral de Notre Dame, también a indiferentes, jóvenes y menos jóvenes. Una buena experiencia.

El Papa piensa que es un nuevo impulso al encuentro respetuoso y amistoso entre personas de diferentes convicciones, pues «hoy en día, muchos reconocen que no pertenecen a ninguna religión, pero desean un mundo nuevo y más libre, más justo y más solidario, más pacífico y más feliz», y puntualizó que la cuestión de Dios «no es un peligro para la sociedad, no pone en peligro la vida humana. La cuestión de Dios no debe estar ausente de los grandes interrogantes de nuestro tiempo». El Papa ha pedido a los jóvenes, creyentes y no creyentes, que construyan puentes de diálogo entre ellos y que aprovechen la oportunidad que se les presenta «para descubrir en lo más profundo de vuestras conciencias, a través de una reflexión sólida y razonada, los caminos de un diálogo precursor y profundo» y que «no cierren sus conciencias a los retos y problemas que tenéis ante vosotros».

En cualquier caso, en la purificación que Jesús hizo del templo se trata de algo más que de la lucha contra unos posibles abusos. Lo que ahora está comenzando es lo que Jesús anunció a la samaritana: los verdaderos adoradores del Padre han de hacerlo en espíritu y en verdad. Ha terminado el tiempo en el que a Dios se inmolvaban animales. En lugar de los sacrificios cruentos y de las ofrendas de alimentos se pone el cuerpo de Cristo, se pone Él mismo. Sólo «el amor hasta el extremo», sólo el amor, que por los hombres y mujeres se entrega a Dios totalmente, es el verdadero culto, el verdadero sacrificio. No es Jesús quien destruye el templo, como le acusaron falsamente en el juicio; el templo de Jerusalén se destruyó por otras personas. Pero, como siempre, desde la caída de Adán, el fracaso de los hombres se convierte en ocasión para un esfuerzo aún mayor del amor de Dios a favor nuestro.

Es una ocasión nueva para nosotros. Con Jesús se forma el nuevo templo: Jesucristo mismo, en el amor que se derrama una vez más en esta Semana Santa sobre los hombres. Él, que pasó por la cruz y resucitó, es el espacio vivo de espíritu y vida, en el que realiza la adoración correcta. Jesús no viene a destruir: no viene con la espada del revolucionario. Viene con el don de la curación que trae el perdón de los pecados. Se dedica a quienes, a causa de su enfermedad, son impulsados a los extremos de su vida y al margen de la sociedad. Jesús muestra a Dios como el que ama, y su poder como el poder del amor. Así nos dice qué es lo que formará parte para siempre del verdadero culto a Dios: curar, servir, la bondad que sana.

Miremos a los niños que rinden homenaje a Jesús como Hijo de David y exclaman «¡Hosanna!». Jesús había dicho a sus discípulos que, para

entrar en el reino de Dios, deberían hacerse como niños. Él mismo, que abraza al mundo entero, se hizo niño para salir a nuestro encuentro, para llevarnos hacia Dios. De ellos, pues, debemos aprender que, para reconocer a Dios, hemos de abandonar la soberbia que nos ciega, que quiere impulsarnos lejos de Dios, como si Dios fuera nuestro competidor.

Para encontrarse con Dios es necesario ser capaces de ver con el corazón. Debemos aprender a ver con un corazón de niño, con un corazón joven, al que los prejuicios no obstaculizan y los intereses no deslumbran. Así, en los niños que con ese corazón libre y abierto lo reconocen a Él la Iglesia ha visto la imagen de los creyentes de todos los tiempos, su propia imagen. Comencemos así la Semana Santa.

SANTA MISA CRISMAL

Homilía en la S. I. Catedral Primada Toledo, 19 de abril

Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y otros jóvenes que habéis venido a esta misa singular; queridos hermanos fieles laicos y consagrados de tantos lugares de la Diócesis: recibid mi respeto y mi reconocimiento por cuanto sois y hacéis. No quiero olvidar a los sacerdotes enfermos y mayores que no pueden acercarse a la Catedral esta mañana. Somos pueblo sacerdotal y cuantos sois sacerdotes de Jesucristo por la participación en el sacerdocio ministerial del Señor renovaréis vuestras promesas sacerdotales. ¡Espléndido! No es esta celebración una más que vivimos porque sí: somos la Iglesia de Cristo que da gracias al Padre por el don del sacerdocio real y por el sacerdocio ministerial.

Comenzamos por una breve meditación que tal vez hemos hecho cuando oímos en el domingo III de Cuaresma a Jesús hablar con la mujer samaritana y le dice: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le pedirías que te diese de beber, y Él te daría agua viva». Aquélla mujer pidió: «Dame de esa agua». Jesús continuó hablando con ella con palabras que tantas veces han cautivado nuestro espíritu: «El que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás. Y el agua que yo le daré se convertirá en un manantial que salta hasta la vida eterna» (Jn. 4, 10-15).

Jesús sigue hoy teniendo este coloquio con la humanidad en la Iglesia. Esta Iglesia en la que hay santos, pero que está formada por pecadores, a la que san Agustín se complacía en considerar precisamente desde este aspecto, y llamaba Iglesia de pecadores. Y tiene que ser así, porque es la

Iglesia de la redención continuada, que necesita renovación de Iniciación Cristiana en los Sacramentos pascuales y de sanación en el sacramento de la Penitencia y la Unción de Enfermos. Es una Iglesia que está continuamente sacando al ser humano del lodo del pecado, salvando a sus propios miembros. Y no olvidemos que también para san Agustín la palabra es «el don de Dios y equivale al Espíritu Santo, y la palabra «agua viva» es la gracia del Espíritu Santo, como si Cristo dijera: «Si tú supieras lo que es el Espíritu Santo... y la gracia de ese Espíritu...»

El Señor, siempre en tono insinuante, como para provocar en nosotros el deseo de recibirlo en los sacramentos, nos sigue diciendo: «Si tú supieras cuál es el don de Dios». Aunque nosotros ya lo sabemos, porque Cristo prometió el Espíritu Santo. De hecho, los pasajes del Evangelio en que Cristo nos anuncia ese Espíritu Santo, que habría de venir sobre nosotros, son de lo más sublime y, a la vez, de lo más dulce del mensaje de Jesús: El Espíritu nos dará consuelo, fuerza, nos lo enseñará todo y nos capacitará para vivir dentro de la familia de Dios. Ese Espíritu está siempre presente en la Iglesia, está siempre actuando la Redención.

Pero temo, hermanos, que espiritualicemos demasiado las cosas; quiero decir que concebimos lo espiritual de modo dualista, voluntarista y no «según el Espíritu Santo». Si, sacramento significa, en primer lugar, que no somos los hombres los que hacemos algo, sino que es Dios el que se anticipa y viene a nuestro encuentro con su actuar, nos mira y nos conduce hacia El. Pero hay algo más singular: Dios nos toca por medio de realidades materiales, a través de los dones de la creación, que El toma a su servicio, convirtiéndolos en instrumento del encuentro entre nosotros y El mismo.

Los elementos de la creación, con los cuales Dios en Cristo construye el cosmos de los sacramentos son cuatro: el agua, el pan de trigo, el vino y el aceite de oliva. Mientras el agua, como elemento básico y condición fundamental de la vida, es signo esencial del acto por el que nos convertimos en cristianos por el Bautismo, del nacimiento a una vida nueva, los otros tres elementos, que pertenecen a la cultura del ambiente mediterráneo nos remiten al ambiente histórico concreto en el que el cristianismo se desarrolló. Dios, sí, ha actuado en un lugar muy determinado de la tierra, y aunque el pan de trigo, el vino y el aceite de oliva son dones de la creación, son dones de Dios que nos unen siempre con aquéllos lugares del mundo en los que Dios ha querido actuar con nosotros en el tiempo de la historia, al hacerse uno con nosotros.

Los sacramentos son milagros de Dios; y los milagros de Jesús son prefiguraciones de los maravillosos efectos que se realizan en la Iglesia por medio de la administración de los sacramentos. Ningún agua es capaz

de lavar al alma del pecado. Sin embargo, precisamente esto sucede en el Bautismo con la fuerza del Espíritu Santo unido al rito del lavado. Y el mismo Espíritu Santo actúa en el Óleo de los Enfermos y sobre todo en el Crisma, y en el pan y en el vino eucarístico.

Los sacramentos son el comienzo de un tiempo futuro. Todo lo que es creado por Dios participará en los tiempos mesiánicos de la plenitud del Espíritu Santo. Por tanto, hay realidades que ya desde ahora, en esta tierra, reciben una fuerza santificadora. El mundo ha sido creado para conducirnos a Dios. La saliva y el barro que Jesús usó curaron al ciego. ¿No lo harán los elementos terrenos que usamos en los sacramentos, cuando ellos están transidos del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos.

El pan remite a la vida cotidiana. Es el don fundamental de la vida diaria. El vino evoca la fiesta, la exquisitez de la creación y, al mismo tiempo puede expresar la alegría de los redimidos. El aceite de oliva tiene un amplio significado. Es alimento, medicina, embellece, prepara para la lucha y da vigor. El misterio del aceite, además está en nuestro nombre de «Cristianos». En efecto, es la palabra con la que se designaba a los discípulos de Cristo ya desde el comienzo; viene «cristiano» de Cristo/Ungido. Ser cristiano quiere decir proceder de Cristo, pertenecer a Cristo, al Ungido de Dios, a Aquel al que Dios ha dado la realeza y el sacerdocio. Significa pertenecer a Aquel que Dios mismo ha ungido, pero no con aceite material, sino con aquel al que el óleo representa: con su Santo Espíritu.

¿Cómo no apreciar y venerar los Santos Oleos y el Crisma bendecido? Siempre nos recordarán, tanto a los obispos, sacerdotes y diáconos, pero también a consagrados y fieles laicos, a todo el Pueblo Sacerdotal, el gran don de la Iniciación Cristiana y nuestros trabajos para que los hombres y mujeres sean hijos de Dios, cristianos, lo más grande que se puede ser en este mundo: herederos de Dios y coherederos de Cristo.

El Jueves Santo es el día en que el Señor encomendó a los Doce la tarea sacerdotal de celebrar con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su regreso. Jesucristo es siempre el que hace el don y nos eleva hacia sí. Sólo El puede decir: «Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre». El misterio del sacerdocio de la Iglesia radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del Sacramento podemos hablar con su «yo»: «In persona Christi Capitis». Este conmovedor misterio nos vuelve hoy a impresionar, y lo recordamos hoy de modo particular, pues renovamos nuestras promesas sacerdotales. Y lo haremos con alegría.

Es bueno que vosotros, sacerdotes muy queridos, sepáis que hemos de trabajar por el sacerdocio y por el Seminario, que es también trabajar

por el sacerdocio. Debéis saberlo también vosotros, fieles laicos y consagrados. Renovar las promesas sacerdotales es decir que vamos a seguir adelante, que seguiremos presentando la alegría de nuestra condición sacerdotal a este pueblo al que servimos, iluminándolo con la doctrina de Cristo y su vida. Os suplicamos que nos ayudéis a los sacerdotes a pedir perdón por nuestros pecados, pero también nos apoyéis y nos améis y comprendáis nuestra vocación y misión dentro de la gran familia del Pueblo Sacerdotal. Sólo por subrayar este aspecto del Pueblo Sacerdotal es por lo que se ha introducido en esta Misa Crismal la renovación de las promesas sacerdotales. Rogad para que la rutina diaria no estropee algo tan grande y tan misterioso; necesitamos volver al momento en que el obispo nos impuso las manos y así Cristo nos hizo partícipes de este misterio.

En el gesto de la imposición de las manos, con que Cristo tomó posesión de mí, de algún modo nos dijo: «Tú me perteneces; tú estás bajo la protección de mis manos y de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos, en la inmensidad de mi amor». «Ya no os llamo siervos, sino amigos». Este es el significado profundo de ser sacerdotes: llegar a ser amigos de Jesucristo. Por esta amistad debemos comprometernos cada día de nuevo. Amistad significa comunión de pensamiento y voluntad. En esta comunión de pensamiento con Jesús debemos ejercitarnos, como nos dice San Pablo (cf. Filp. 2, 2-5). Y esta comunión de pensamiento no es algo meramente intelectual, sino también una comunión de sentimiento y voluntad, y por tanto también del obrar.

Eso significa que debemos conocer a Jesús de modo cada vez más personal, escuchándolo, viviendo con El, estando con El. Debemos escucharlo en la lectio divina, es decir, leyendo la Sagrada Escritura de un modo no sólo académico, sino «en el Espíritu», como indica el Papa en *Verbum Domini*. Y hacerlo en la frondosa vid de la Iglesia, pues sólo en Ella la Escritura es palabra viva y actual, y no libros heterogéneos, libros del pasado.

Y un último apunte: la amistad con Jesús es siempre amistad con los hijos, es decir, con su Cuerpo que es la Iglesia y en concreto nuestros fieles. Recordaba el Papa hace unos años las palabras impresionantes de un sacerdote asesinado en Trebisonda (Turquía): «Estoy aquí para vivir entre esta gente y permitir que Jesús lo haga presentándose mi carne... Sólo seremos capaces de salvación ofreciendo nuestra propia carne». El Señor nos lo conceda, hermanos. Felicidades por vuestro sacerdocio, siempre recién estrenado.

SANTA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

Homilía el Jueves Santo, en la S. I. Catedral Primada Toledo, 21 de abril

El cuarto evangelio comienza su relato de cómo Jesús lavó los pies a sus discípulos con un lenguaje especialmente solemne: «Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Ha llegado la «hora» de Jesús, hacia la que se orientaba desde el inicio de su vida pública.

¿Cuál es el contenido de esa hora? Digámoslo con dos palabras: *paso* y *amor*. Las dos se explican mutuamente y describe juntamente la Pascua de Jesús: cruz y resurrección, es decir, crucifixión, como «paso» a la gloria de Dios, como un «pasar» de este mundo al Padre. No es como si Jesús, después de una breve visita al mundo, partiera ahora y volviera al Padre. No. El paso es una transformación, pues lleva consigo su carne, su ser hombre verdadero. En la cruz, al entregarse a Sí mismo, queda como fundido y transformado en un nuevo modo de ser, en el que ahora está siempre con el Padre y al mismo tiempo con los hombres.

Sí, transforma la cruz, el hecho de darle muerte a Él, porque es un acto de entrega, de amor hasta el extremo. Con esa expresión «hasta el extremo», san Juan está remitiéndonos a la última palabra de Jesús en la cruz: todo se ha realizado, «todo está cumplido» (Jn 19,30). La escucharemos mañana en el relato de la pasión. Mediante su amor, la cruz se convierte en transformación del ser hombre en el ser partícipe de la gloria de Dios. En esta transformación suya, sin embargo, Cristo nos implica a todos, arrastrándonos dentro de la fuerza transformadora de su amor, porque, estando con Él, nuestra vida se convierte también en «paso», en transformación. Es de esta forma como hemos recibido la redención de Cristo, al ser partícipes del amor eterno, una condición que vamos consiguiendo durante nuestra vida, pues a ella tendemos con toda nuestra existencia.

En el lavatorio de los pies ese proceso de culminación de la hora de Jesús está representado para nosotros en un acto profético simbólico. Jesús lavando los pies de sus discípulos, un gesto concreto, nos está diciendo lo que canta el gran himno cristológico de Flp 2,6-11 que leímos en la Misa del Domingo de Ramos. Jesús se despoja de las vestiduras de su gloria de Hijo del eterno padre, se ciñe «el vestido» de la humanidad y se

hace esclavo. Lava los pies sucios de los discípulos y así los capacita para acceder al banquete divino al que nos invita hoy.

En lugar de las purificaciones culturales y externas, que purifican al hombre ritualmente, pero dejándole como está, se realiza un baño nuevo: Cristo nos purifica mediante su palabra y su amor, mediando el don de sí mismo. Dirá Jesús poco después: «vosotros ya estáis limpios gracias a la palabra que os he anunciado» (Jn 15,3). Sí, las palabras de Jesús, si las acogemos con una actitud de meditación, de oración y de fe, desarrollan en nosotros su fuerza purificadora. Día tras día nos cubrimos de muchas clases de suciedad, de palabras vacías, de prejuicios, de sabiduría reducida. Un múltiple semi-falsedad o falsedad abierta se filtra continuamente en nuestro interior, que nos amenaza con la incapacidad para la verdad y el bien.

Jesús no sólo habló; no sólo nos dejó palabras. Se entrega a Sí mismo. Nos lava con la fuerza sagrada de su sangre, es decir, con su entrega «hasta el extremo», hasta la cruz. Su palabra es algo más que un simple hablar; es carne y sangre «para la vida del mundo» (Jn 6,51). En los santos sacramentos, el Señor se arrodilla siempre ante nuestros pies y nos purifica. Pidámosle que el baño sagrado de su amor verdaderamente nos penetre y nos purifique cada vez más.

Por ello, si escuchamos el Evangelio con atención, podemos descubrir en el episodio del lavatorio de los pies dos aspectos distintos. Ante todo, es simplemente una acción de Jesús, en la que da a sus discípulos el don de la pureza, de la «capacidad para Dios». Pero este don se transforma después en un ejemplo, en la tarea de hacer lo mismo unos con otros. Es decir, el misterio de Cristo en su conjunto, desde la encarnación hasta la cruz y resurrección. Ese conjunto es la fuerza sanadora y santificadora, que nos transforma en una nueva forma de ser, en la apertura a Dios Padre y a la comunión con Él.

Pero este nuevo ser que Él nos da sin mérito nuestro, después en nosotros debe transformarse en la dinámica de una nueva vida. El cristianismo no es una especie de moralismo, un simple sistema ético. Lo primero no es nuestro obrar, nuestra capacidad moral. El cristianismo es ante todo don: Dios se da a nosotros; no da algo, se da a Sí mismo. Y eso no sólo tiene lugar al inicio, con nuestro Bautismo o nuestra conversión. Dios sigue siendo siempre el que da. Nos ofrece siempre sus dones. Nos precede siempre. Por eso, el acto central del ser cristiano es la Eucaristía: la gratitud por haber recibido sus dones, la alegría por la vida nueva que Él nos da.

Con todo, no debemos ser sólo destinatarios pasivos: Dios nos ofrece sus dones, pero el amor que nos da quiere ser en nosotros vida nueva a

partir de Dios. Por eso, inmediatamente después del lavatorio, Jesús dice: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). ¡Qué lejos estamos a menudo con nuestra vida de esta novedad del NT, y cuán poco damos a la humanidad el ejemplo de amar en comunión con el amor de Jesús!

Pero hay otra a destacar en este episodio del lavatorio de los pies: En un primer momento, Pedro no quería dejarse lavar los pies por el Señor. Que el Maestro, Jesús, lavara los pies, que el amo realizara la tarea del esclavo, el parecía a Pedro injusto: «No me lavarás jamás los pies» (Jn 13,8). Su concepto de Mesías implicaba una imagen de majestad, de grandeza divina. Todavía debía aprender, como nosotros, que la grandeza de Dios es distinta a nuestra idea de grandeza: consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio. Sistemáticamente deseamos u Dios de éxito y no de pasión; y es que no somos capaces de caer en la cuenta de que el pastor viene como Cordero que se entrega y nos lleva a si a los buenos pastos.

Sabemos cómo reacciona Pedro cuando Jesús le dice que, si no le lava los pies, no tendrá parte con Él: Pedro inmediatamente pide que no sólo le lave los pies, sino también la cabeza y las manos. Entonces es cuando Jesús pronuncia unas palabras misteriosas: «El que se ha bañado, no necesita lavarse excepto los pies» (Jn 13,10). Jesús parece aludir a un baño que los discípulos ya habían hecho; para participar, pues, en el banquete, únicamente les hacía falta lavarse los pies.

¿A qué alude aquí Jesús? No lo sabemos con certeza. Pero con todo, aquí, con la distinción entre baño y lavatorio de los pies, se puede descubrir también una alusión a la vida en la comunidad de los discípulos, a la vida de la Iglesia. Y es que parece claro que el baño que nos purifica definitivamente y no debe repetirse es el Bautismo, por el que somos sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo, un hecho que cambia la vida, dándonos una nueva identidad, si no la arrojamos como hizo Judas.

Eso sí, para la permanencia en esta nueva identidad que nos dio el Bautismo, para la comunión con Jesús en el banquete, necesitamos el «lavatorio de los pies». ¿De qué se trata? Tal vez nos lo indican estas palabras de 1 Jn 1,8-9: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está con nosotros. Si reconocemos –si confesamos– nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia».

Necesitamos el «lavatorio de los pies», necesitamos ser lavados de los pecados de cada día; por eso, necesitamos la confesión de los pecados, de

la que hablas san Juan en esta carta. Debemos reconocer que incluso en esta nuestra nueva identidad de bautizados pecamos. Necesitamos la confesión tal como ha tomado forma en el sacramento de la reconciliación. En él el Señor nos lava sin cesar los pies sucios para poder así sentarnos a la mesa con Él. Además debemos lavarnos los pies unos a otros en el mutuo servicio diario del amor. Pero sobre todo debemos lavarnos los pies también en el sentido de que nos perdonamos continuamente unos a otros.

El Jueves Santo es así un día de gratitud y de alegría por el gran don del amor hasta el extremo, que el Señor nos ha hecho. Oremos, en esta hora, para que la gratitud y la alegría se transformen en nosotros en la fuerza para amar juntamente con su amor. Amén.

VIERNES SANTO

Homilía en la Celebración de la Pasión del Señor S. I. Catedral Primada, 22 de abril

Queridos hermanos:

También este año hemos escuchado en la mañana del Viernes Santo las 7 últimas palabras de Jesús en la Cruz y hemos participado en distintos via crucis, volviendo a evocar con fe las etapas de la pasión de Cristo. Podemos igualmente participar en las procesiones de la tarde-noche de esta Viernes Santo: nuestros ojos pueden contemplar los sufrimientos y angustias que nuestro Redentor tuvo que soportar en la hora del gran dolor. Jesús muere en la Cruz y yace en el sepulcro.

Es verdad: el Viernes Santo, tan impregnado de tristeza humana y silencio religioso, se concluye en el silencio de la meditación y de la oración. Al volver a casa, también nosotros nos podemos preguntar, al recordar lo que ha sucedido: ¿Es posible permanecer indiferentes ante la muerte de un Dios? Por nosotros, por nuestra salvación se hizo hombre y murió en la cruz. Hermanos y hermanas: dirijamos hoy nuestra mirada, con frecuencia distraída por intereses terrenos y superficiales. Detengámonos a contemplar su cruz.

Debemos decir muy alto: la cruz es manantial de vida inmortal para los cristianos; pero es también para todos escuela de justicia y de paz; es patrimonio universal de perdón y de misericordia; es injusto que nuestra sociedad europea lo no reconociera así por una mal entendida laicidad. Es prueba permanente de un amor oblativo e infinito que llevó a Dios a hacerse hombre, vulnerable como nosotros, hasta morir crucificado. Sus

brazos clavados se abren para cada ser humano y nos invitan a acercarnos a Él con la seguridad de que nos va a acoger y a estrechar en un abrazo de infinita ternura: «Cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia Mí» (Jn 12,32).

Evidentemente que a unos nos atrae como nuestro Salvador, Hijo de Dios Bendito, Dios y Hombre verdadero; pero ahí está también, como cumbre de la humanidad, para cuantos creen estar alejados de Él o no le reconocen como Cristo Redentor. A través del camino doloroso de la cruz, los hombres y mujeres de todos los tiempos pueden ver en Jesús alguien cercano, hacedor de paz, benefactor de la Humanidad.

Para nosotros es, sin embargo, algo más, pues reconciliados y redimidos por la sangre de Cristo, hemos llegado a ser amigos de Dios, hijos del Padre celestial. «Amigo», así llama Jesús a Judas y le dirige el último y dramático llamamiento a la conversión. «Amigo» nos llama a cada uno de nosotros, porque es verdadero amigo de todos. Por desgracia, los hombres no siempre logramos percibir la profundidad de ese amor infinito que Dios tiene a sus criaturas. Para Él no hay diferencia de raza y de cultura. Jesucristo murió para librar a toda la humanidad de la ignorancia de Dios, del círculo de odio y venganza, de la esclavitud del pecado en definitiva. La cruz nos hace hermanos.

Es bueno preguntarnos: ¿Qué hemos hecho con este don? ¿Qué hemos hecho los cristianos con la revelación del rostro de Dios en Cristo, con la revelación del amor de Dios que vence al odio? También en nuestra época, muchos no conocen a Dios y no pueden encontrarlo en Cristo crucificado. Muchos buscan un amor y una libertad que excluya a Dios. Muchos creen que no tienen necesidad de Él.

Queridos hermanos: después de celebrar juntos la pasión y muerte de Jesús, dejemos que en esta tarde-noche nos interpele su sacrificio en la cruz. Permitámosle que ponga en crisis nuestras certezas humanas. Abrámosle el corazón. Jesús es la verdad que nos hace libres para amar. ¡No tengamos miedo! Al morir, el Señor salvó a los pecadores, a todos nosotros. Escribe san Pedro: «Sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; por sus llagas hemos sido curados» (1 P 2,24). Esta es la verdad del Viernes Santo: en la cruz el Redentor nos devolvió la dignidad que nos pertenece, nos hizo hijos adoptivos de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza. Permanezcamos, por tanto, en adoración ante la cruz, después de hacerlo en esta acción litúrgica de la muerte de Cristo.

Pidámosle: Cristo, Rey crucificado, danos el verdadero conocimiento de tu Persona, la alegría que anhelamos, el amor que llene nuestro corazón sediento de infinito. Esta es nuestra oración, en la tarde del Viernes Santo,

a Ti, Hijo de Dios muerto por nosotros en la cruz y resucitado al tercer día. Con tu Madre, Señor, que Tú nos has entregado como Madre nuestra al entregársela al Discípulo amado, oraremos en su soledad y con Ella esperaremos tu resurrección.

Amén.

VIGILIA DE PASCUA

Homilía el Sábado Santo en la S. I. Catedral Primada, 23 de abril

Queridos hermanos:

En su discurso de despedida, Jesús anunció a sus discípulos su inminente muerte y resurrección con una frase misteriosa: «Me voy y vuelvo a vuestro lado» (Jn 14,28). Y es verdad, morir es partir. Aunque el cuerpo del difunto aún permanece, él personalmente se marchó hacia lo desconocido y nosotros no podemos seguirlo (Cf. Jn 13,36). No pasa así en el caso de Jesús: en él existe una novedad única que cambia el mundo. Eso es lo que celebramos esta noche. Porque en nuestra muerte el partir es algo definitivo; no hay retorno. Jesús, en cambio, dice de su muerte: «Me voy y vuelvo a vuestro lado». Precisamente al irse, regresa. Su marcha inaugura un modo totalmente nuevo y más grande de su presencia. Con su muerte entra en el amor del Padre. Por este motivo su partida se transforma en un retorno, en una forma de presencia que llega hasta lo más profundo y no acaba nunca.

Jesús, en su vida terrena, como todos nosotros, estaba sujeto a las condiciones de la existencia de los que somos y tenemos cuerpo: a un lugar y a un tiempo determinado. No podemos estar simultáneamente en dos lugares diferentes y nuestro tiempo está destinado a acabarse. Sin duda que, por el amor podemos entrar de algún modo en la existencia del otro. Sin embargo, la barrera está ahí entre el otro y yo: somos diferentes. En cambio, Jesús, que por la resurrección ha sido transformado totalmente, está libre de esas barreras y límites. No sólo es capaz de atravesar las puertas exteriores cerradas (Cf. Jn 20,19); también puede atravesar la puerta interior entre el yo y el tú, la puerta cerrada entre el ayer y el hoy.

Siempre me ha extrañado la respuesta que da Jesús a los griegos que querían verlo el domingo de Ramos: les responde con la parábola del grano de trigo que, para dar fruto, tiene que morir. Pero tal vez Jesús está hablando así de su propio destino: no quería limitarse a hablar unos

minutos con algunos griegos. Su partida se convierte en un venir en el modo universal de la presencia del resucitado ayer, hoy y siempre. Él viene también hoy y abraza todos los tiempos y todos los lugares. Ahora puede superar también el muro de la alteridad que separa el yo del tú.

Queridos amigos: esas palabras misteriosa que Jesús pronunció en el Cenáculo ahora –mediante el Bautismo- se hacen presentes de nuevo para vosotros. En el Bautismo el Señor entra en vuestra vida por la puerta del corazón. Nosotros no estamos ya uno junto a otro o uno contra otro. Él atraviesa todas estas puertas. Esta es la realidad del Bautismo que nuestro hermanos recibirán enseguida, y que todos recibimos en otro momento: Él, el resucitado viene a vosotros y une su vida a la vuestra, introduciéndoos en el fuego vivo de su amor.

Esto puede parecer muy teórico y poco real. Pero a los que vais a ser bautizados, y los que ya lo estamos, cuanto más vivamos esta vida de bautizados, tanto más podemos experimentar la verdad de lo que acabo de decir. Las personas bautizadas creyentes, en realidad, nunca somos extrañas las unas para las otras. Pueden separarnos continentes, culturas, estructuras sociales, etc. Pero cuando nos encontramos nos conocemos en el mismo Señor, en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor: experimentamos que el fundamento de nuestra vida es el mismo. Los creyentes no son nunca totalmente extraños el uno al otro.

Esta naturaleza íntima del Bautismo es representada por la Iglesia en el sacramento a través de elementos sensibles. El elemento fundamental del bautismo es el agua. En segundo lugar viene la luz, que en la liturgia de la Vigilia pascual destaca con gran eficacia. Reflexionemos sobre estos dos elementos.

Leemos en Heb 13,20: «El Dios de la paz hizo volver de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas en virtud de la alianza eterna». Esta frase guarda relación con unas palabras de Is 63,11, en las que Moisés es calificado como el pastor que el Señor ha hecho salir del agua, del mar. Jesús se presenta, pues, ahora como el nuevo y definitivo Pastor que lleva a cabo lo que Moisés hizo: nos saca de las aguas letales del mal, de las aguas de la muerte. Recuerde, en este contexto, que Moisés fue colocado por su madre en una cesta en el Nilo, fue sacado de las aguas providencialmente, llevado de la muerte a la vida, y así, -salvado él mismo de las aguas de la muerte- pudo conducir a los demás haciéndolos pasar a través del mar de la muerte.

Jesús descendió por nosotros a las aguas oscuras de la muerte. Pero, como nos dice la carta a los Hebreos, en virtud de su sangre fue arrancado de la muerte: su amor se unió al del Padre y así, desde la profundidad de la muerte, pudo subir a la vida. También ahora nos eleva de las aguas de

la muerte a la vida verdadera. Sí, esto es lo que ocurre en el Bautismo. Nos conduce por el mar de la historia, a menudo tan oscuro, en cuyas confusiones y peligros frecuentemente corremos el riesgo de perdernos. En el Bautismo nos toma de la mano, nos conduce por el camino que atraviesa el Mar Rojo de este tiempo y nos introduce en la vida eterna, en la vida verdadera y justa.

El segundo lugar está el símbolo de la luz y del fuego. Nos cuenta algún Padre de la Iglesia que en ciertas partes de la Iglesia el fuego nuevo para encender el cirio pascual se tomaba directamente del sol: así se recibía la luz y el fuego nuevamente del cielo para encender luego todas las luces y fuegos del año. En cualquier caso, Jesús con la radicalidad de su amor ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra: la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma el ser del hombre.

Él ha traído la luz, y ahora sabemos quién es Dios y cómo es Dios. Así también sabemos cómo están las cosas con respecto al ser humano; qué somos y para qué existimos. Ser bautizados significa que el fuego de esta luz ha penetrado hasta lo más íntimo de nosotros mismos; por ello llamaba la Iglesia antigua al Bautismo «iluminación». Lo oscuro, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz.

En las promesas bautismales, encenderemos nuevamente esta luz. Sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno; han sido creados por Dios omnipotente. Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección, se ha manifestado el Rostro de Dios, que en Él Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno; Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra de verdad e ilumina nuestro corazón. Creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. El Señor nos ha dado la luz de la verdad y su fuerza, que no destruye, sino que quiere transformar nuestro corazón, para que seamos realmente hombres y mujeres de Dios y para que su paz actúe en nuestro mundo.

Además de asistir a la celebración del Bautismo de nuestros hermanos en esta noche de Pascua, todavía queda en la Eucaristía una aclamación que exhorta también a renovar nuestro Bautismo. En el prefacio diré: «Sursum corda», «levantemos el corazón». Levantémoslo de la maraña de nuestras preocupaciones, de nuestros deseos, de nuestras angustias, de nuestra distracción. Siempre tenemos que dirigirnos a Dios y a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida. Y siempre tenemos que dejar que

nuestro corazón sea sustraído de la fuerza de la gravedad, que lo atrae hacia abajo, y levantarlo interiormente hacia lo alto: hacia la verdad y el amor.

Demos gracias a Dios que por la fuerza de su palabra y de los sacramentos pascuales nos indica el itinerario correcto y atrae hacia lo alto nuestro corazón. Le pedimos igualmente al Señor que seamos siempre hombres y mujeres pascuales, llenos de la luz y del fuego de su amor. Amén.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Homilía en la S. I. Catedral Primada, el 24 de abril

La alegría pascual os llene, hermanos, en esta mañana del domingo más grande. «El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón», repite la Iglesia durante los 50 días pascuales. ¿Por qué esta alegría? Jesús ha resucitado y la dinámica ha cambiado: hay esperanza, amor y fe en un grupo de hombres y mujeres que son testigos oculares de Cristo resucitado. Ellos nos dicen – tanto en los cuatro evangelios como san Pablo en 1 Cor 15- que las apariciones del Resucitado tuvieron lugar a un periodo de tiempo limitado, y tienen un sentido concreto: se trata de agrupar ante todo un círculo de discípulos que puedan testimoniar que Jesús no ha permanecido en el sepulcro, sino que está vivo. Y su testimonio concreto se convierte así en una misión esencial: han de anunciar al mundo que Jesús es el Viviente, la Vida misma. Primero a los judíos, pero sabiendo que la meta última de los enviado de Jesús es universal. También forma parte del mensaje de los testigos anunciar que Jesús vendrá de nuevo para juzgar a vivos y muertos, y para establecer definitivamente el Reino de Dios en el mundo.

Esta es la perspectiva que describe el Benedicto XVI al final del II tomo de *Jesús de Nazaret*, recientemente publicado. Permitidme, hermanos, resumiros la gozosa enseñanza de ese enorme creyente y grandísimo teólogo que es nuestro Papa, para participar de la alegría pascual. El problema con el que nos encontramos los cristianos en esta hora de la historia se ha repetido constantemente en cada época de la Iglesia: Hay quienes no creen que Jesús resucitara o explican esta «verdad» saliéndose por la tangente.

Así se explica, por ejemplo, la resurrección y el anuncio del Reino de Dios como el contenido principal y único del mensaje de Jesús. Y nada más que esa «inminencia» de la llegada del Reino. Al no suceder así,

apareció la Iglesia, que se aleja poco a poco del Cristo histórico. Esa explicación la leo constantemente en medios de comunicación social y círculos de pensamiento, intra y extra eclesiales, aunque no se haga de modo tan explícito: la Iglesia inventa, retuerce los argumentos, que hoy, en época tan avanzada y crítica, no pueden ser aceptados por los que mínimamente piensan. ¿Piensan? Poco y de modo confuso, aunque sean figuras señeras de nuestra sociedad.

Los discípulos de Jesús han hablado ciertamente del retorno de Jesús, pero, sobre todo, han dado testimonio de que Él es el que vive ahora, que es la Vida misma, en virtud de la cual también nosotros llegamos a ser vivientes (Cf. Jn 14,19). Pero nos preguntan: ¿Cómo puede ser esto? ¿Es de algún modo posible acceder hoy a Jesús o sólo volverá a nosotros en un último día desconocido, como anhelaba el marxismo clásico del paraíso comunista? Nosotros decimos que Él, Cristo, puede venir hoy también. Y lo hacemos porque esas preguntas caracterizan al Evangelio de san Juan y a las cartas de san Pablo, pero ofrecen una respuesta convincente, que también está incluida en el final de san Lucas y en el comienzo de Hechos de los Apóstoles, cuando habla de la Ascensión del Señor.

Sorprende en este sentido lo que dice el final del tercer evangelio: «Después los sacó hacia Betania y, levantadas las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios» (Lc 24,50-53). ¿Tienen los discípulos pinta de estar perplejos, asustados y pensado únicamente en esperar el inminente retorno del que ha resucitado, «muy ocupados en no hacer nada», como indica san Pablo de algunos pseudo cristianos de Tesalónica? Para nada. Es más: nos sorprende que estén llenos de alegría después de que el Señor se había alejado de ellos definitivamente. Nosotros esperaríamos lo contrario. Nos esperaríamos que hubieran quedado desconcertados y tristes. ¿Cómo es posible que su despedida definitiva no les causara tristeza? Ahí radica toda la novedad del cristianismo, incluso respecto a judaísmo contemporáneo de la Iglesia naciente.

La explicación es que los discípulos no se sienten abandonados por Jesús; no creen que Jesús se haya disipado en un cielo inaccesible y lejano. Están seguros de una presencia nueva de Jesús, de que el Resucitado está presente entre ellos, precisamente ahora de una manera nueva y poderosa. Ellos saben que «la derecha de Dios», donde Jesús está ahora «enaltecido», implica un modo nuevo de su presencia, que ya no se puede perder; y es el modo en que únicamente Dios puede sernos cercano. La «ascensión» no es un marcharse a una zona lejana del cosmos, sino la

permanente cercanía que los discípulos experimentan con tal fuerza que les produce alegría duradera. Por supuesto.

Es más, al comienzo de los Hechos Jesús en un coloquio con los discípulos- en los que quedaba alguna vieja idea, pues pregunta todavía si era el momento de instaurar el reino de Israel- rechaza explícitamente la pregunta acerca del tiempo y del momento. La actitud de los discípulos no debe ser ni la de hacer conjeturas sobre la historia ni la de tener fija la mirada en el futuro desconocido. Y hoy lo siguen haciendo algunos grupos cristianos catastrofistas. El cristianismo es presencia: don y tarea; estar contentos por la cercanía interior de Dios y –fundándose en eso- contribuir activamente en dar testimonio a favor de Jesucristo.

Que el NT describan el «lugar» al que Jesús se ha ido como un «sentarse» o estar a la derecha de Dios, este modo de hablar no se refiere a un espacio cósmico lejano, en el que Dios, por así decirlo, habría erigido un trono y en el habría puesta también a Jesús. Dios no está en un espacio junto a otros espacios. Dios es Dios. Estar «sentado a la derecha de Dios» significa participar en la soberanía propia de Dios sobre todo espacio.

El Jesús que se despide de los suyos en la Ascensión no va a alguna parte en un astro lejano. Él entra en la comunión de vida y poder con el Dios viviente. Por eso, «no se ha marchado», sino que, en virtud del mismo poder de Dios, ahora está siempre presente junto a nosotros y por nosotros. Puesto que Jesús está junto al Padre, no está lejos, sino cerca de nosotros. Ahora ya no se encuentra en un solo lugar del mundo, como antes de la «ascensión»; con su poder supera todo espacio. Él no está ahora en un solo sitio, sino que está presente al lado de todos y todos lo pueden invocar en todo lugar y a lo largo de la historia.

Esta nueva capacidad de acceder a Cristo presupone también por nuestra parte una novedad: por el Bautismo, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; en nuestra verdadera existencia ya estamos «allá arriba», junto a Él, a la derecha del Padre (Cf. Col 3,1ss). Si nos adentramos en la esencia de nuestra existencia cristiana, entonces tocaremos al Resucitado. Repito: Cristo junto al Padre no está lejos de nosotros; si acaso, somos nosotros los que estamos lejos de Él. De lo que se trata en la vida cristiana no es de un recorrido cósmico-geográfico, sino de la «navegación espacial» del corazón, como dice el Santo Padre, que lleva del encerramiento en uno mismo hasta la dimensión nueva del amor divino que abraza le universo.

Después de bendecir Jesús a sus discípulos al ascender hasta el Padre, aparecen en Hch 1,10-11 dos hombres vestidos de blanco, que dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto

marcharse». Con eso queda confirmada la fe en el retorno de Jesús, pero al mismo tiempo se subraya una vez más que no es tarea de los discípulos quedarse mirando al cielo o conocer los tiempos y los momentos escondidos en el secreto de Dios.

Ahora su tarea –la nuestra- es llevar el testimonio de Cristo hasta lo confines de la tierra.

Con el gesto de las manos que bendicen se expresa la relación duradera de Jesús con sus discípulos, con el mundo. En el marcharse, Él viene para elevarnos por encima de nosotros mismos y abrir el mundo a Dios. Por eso los discípulos pudieron alegrarse cuando volvieron de Betania a casa. Por la fe sabemos que Jesús, bendiciendo, tiene sus manos extendidas sobre nosotros. Ésa es la razón permanente de la alegría cristiana. Gocemos de ella, hermanos. Feliz y santa Pascua.

SECRETARÍA GENERAL

DECRETOS

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

Aceptada la instancia que nos presenta la Cofradía Cristo Rey de los Mártires, erigida canónicamente el 20 de marzo de 1992 y con domicilio social en la Iglesia Conventual de las Carmelitas Descalzas de OCAÑA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Sr. Director del Secretariado de Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía Cristo Rey de los Mártires de OCAÑA (Toledo), según la nueva redacción aprobada en Asamblea General extraordinaria celebrada el 27 de marzo de 2010 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 1 de abril de 2011.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado
JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario, erigida canónicamente el 5 de marzo de 2003 y con domicilio social en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de NUMANCIA DE LA SAGRA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Sr. Director del Secretariado de Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario de NUMANCIA DE LA SAGRA, según la nueva redacción aprobada en Asamblea General extraordinaria celebrada el 7 de junio de 2010 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y culto a la Santísima Virgen María en su advocación de Nuestra Señora del Rosario, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 1 de abril de 2011.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado
JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

Aceptada la instancia que nos presenta la Cofradía de San Juan Evangelista, erigida canónicamente el 20 de marzo de 1991 y con domicilio social en la Iglesia Parroquial de Santa María de la Asunción de OCAÑA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes,

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Sr. Director del Secretariado de Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía de San Juan Evangelista de OCAÑA (Toledo), según la nueva redacción aprobada en Asamblea General ordinaria celebrada el 8 de marzo de 2008 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 1 de abril de 2011.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado
JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 11 de abril:

- D. Josué García Martínez, juez diocesano de la Vicaría Judicial del Arzobispado de Toledo.
- D. Alfonso Eugenio Galdeano Alba, defensor del vínculo de la Vicaría Judicial del Arzobispado de Toledo.